

I

Como una obligación más
ejerzo de torpe jardinero
en el jardín del árbol amputado.

Observo, huelo, toco,
intentando encontrar algunas relaciones
que revelen cierto orden natural
en el que suelo encontrar sosiego.

Contemplo el jardín al atardecer
y puedo certificar y medir
cómo las palas de la chumbera
se han acostado
con decisión geométrica
en el tronco de un pino cercano
buscando un rectángulo de luz
escaso y preciso
que se filtra entre la vegetación circundante.

Debajo, la hierba
se recorta en el límite exacto de la umbría
bajo unos grandes pinos piñoneros

que airean secretos nimios
o recuerdos de encuentros
con grandes vastedades oceánicas:

la respuesta está en el agua,
lo dicen los viejos del lugar
y Pepe el jardinero.

Los cipreses

–los mismos que me ocultan
de la ciudad de los gregarios–
musitan plegarias aprendidas
como única forma aquí permitida
de relacionarse con el aire:

la respuesta está en el viento,
lo dijo Bob Dylan,
y lo repite también Pepe el jardinero.

De noche

los satélites transitan por el cielo estrellado
entre olores de romero y jazmín.

Todo queda en silencio

y el campo respira impasible
desde una insobornable quietud.

Si acaso, de vez en cuando,
se escucha el petardeo de la moto
de algún adolescente que juega
entre los recurrentes vericuetos
del amor y de la muerte.

Tanto se ha escrito
del amor y de la muerte:

la respuesta está en los libros:
lo decían los oficiantes
de aquella cultura de dominical.

Y, así,
durante décadas,
acumulé libros esperando respuestas
que con el tiempo he dejado de buscar.

Hoy, artista menor
reconvertido en torpe jardinero
no hago más preguntas.

Alejado de la ciudad de los sumisos
me permito leer libros de poca envidia
ajeno a esa maldita –olímpica–
competencia intelectual
tan habitual en aquella otra ciudad

en la que nunca pasaba nada,
y recupero el placer
del conocimiento de las cosas elementales,
del territorio de lo evidente
anterior a todo discurso,
a la palabrería fácil
o al acharlatanamiento
por la justificación de una vida.

Y esto me permite
escuchar más limpiamente
los ritmos posibles de la naturaleza,
sentir gozo, deseo y dolor
sin interpretaciones miserables,
mirar fijamente
sin el parpadeo nervioso, inquieto,
de aquella intelectualidad depresora,
o de tanto incendiario de salón
que viajaba en 4x4.

Me sumerjo en espacios
de dudosa jurisdicción,
donde todo lo que eres queda en suspenso
y resulta aberrante
cualquier consideración académica:
no hay programa, retícula o sistema
que se pueda sobreponer a este paisaje.

Todo lo que ocurre,
ocurre una vez
y dura tres días:
respiro pues tres veces
y cuelgo mi alma a la intemperie,
y dejo que la picoteen los pájaros,
y que la bailen las libélulas
y que la oreen
los vientos húmedos del Levante,
donde reside el misterio
y aquél, aquella o aquello
a quien hoy dirijo mis pensamientos.